Enrique Magon.
p. 3.
A.

Año VI La Plata, 2ª quincena de Marzo de 1924 Núm. 117

IDEAS

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

Suscripción mensual 0.20
Número suelto. . . 0.10

Publicación Quincenal | Editada por la Agrupación del mismo nombre | Administrador: Risto Stoianovich

"Nuestra Tribuna"

Reaparecerá el 1º de Mayo, pero esta vez en la ciudad del Tandil, y estará siempre a cargo de la compañera Juana Rouco. Tendrán las compañeras nuevamente, la hojita que con tanta insistencia reclamaban. Mejor para ellas, pues, que verán cumplidos sus anhelos; y mejor para todos los sencillos, los llanos y sin pretensiones de *magister dixit*, que tendremos compañía de lealtades en el terreno y la obra de propaganda.

Suscripción: Semestre 1.20. Año 2.40. Número suelto 0.10 centavos. Dirección: Casilla de Correo 52.

Por Arias, Quirós y Rivera

Ya es conocido de los pocos que tienen ocasión de leer la prensa obrera que viene de fuera del país, la nueva estúpida venganza que se prepara contra tres compañeros. El caso ahora es en Cuba y se produce a raíz de un boicot a la cerveza «La Polar», boicot que se está sosteniendo desde hace tres largos años y que «El Progreso», de Habana, periódico semanal, órgano del Sindicato de la Industria Fabril, ha propagado en sus páginas durante todo ese tiempo.

Ya estaba este boicot próximo a su fin, con la derrota más completa de los burgueses de «La Polar», cuando se les ocurrió a estos, como último recurso de defensa, apelar a lo que apelan todos los infames: la calumnia, acusando a los tres camaradas a que acabamos de referirnos, de haber vertido veneno en la cerveza, lo que trajo por consecuencia la muerte de varios trabajadores y la tortura de gran parte del pueblo, bajo los efectos del tóxico.

Tales recursos de los burgueses, no son nuevos. Entre nosotros también se cuecen habas de esta clase, como en España, como en Norte América, como en todas partes. Y así, si a unos se les acusa de asesinato y robo, como a Sacco y Vanzetti, a otros de asesinato solamente, como a Matheu y Nicolau, es claro que para cambiar el disco, se acuse ahora de envenenadores a estos tres camaradas: Angel Arias, Luis Quirós y Eduardo Rivera, que se hallan en la cárcel esperando ser condenados y que lo serán seguramente, si los trabajadores de todo el mundo no hacen en su favor alguna agitación para advertencia de los jueces.

Hagamos, pues, cuanto podamos en pro de esos compañeros

Tenemos tres fotografías y una en grupo, de estos camaradas, que hemos puesto en exhibición en la Federación Obrera Local, para que los obreros de esta ciudad puedan apreciar por ellas, dado el simpático aspecto de franqueza que revelan sus rostros, que esos tres jóvenes son inocentes del crimen que se les imputa.

Calzada del Cerro Nº 566, Habana, Cuba; tal es la dirección del «Comité de Defensa pro Arias, Quirós y Rivera».

Pasó

El huracán de ambiciones que hace poco agitó a los ricos como a los pobres, en este país de idólatras, pasó, y con el huracán pasó también la cosecha.

Pasó la cosecha este año como los años anteriores, dejando tras sí desengaños y miseria.

Los miles de parias que abandonaron hogar, compañera e hijos para ir a tomar parte en la lucha titánica que todos los años se desarrolla en beneficio de «los otros», ¿con qué vuelven hoy a sus hogares? Con sus cuerpos cansados, inutilizados algunos y todos con más hambre que antes. Cuando salieron de su hogares dejaron en ellos la miseria, y hoy, al volver, la hallan allí todavía, quizá más que cuando salieron. ¡Y sin embargo, la cosecha estaba lindal...

En los hogares donde antes se hablaba de la linda cosecha y de los buenos pesos, hoy todo es profundo silencio. Sólo la miseria se presenta dura y fría. En todas partes está: en la mesa, en el lecho... Como dominadora única del tugurio aprieta con sus garras terribles los cuerpecitos tiernos de los hijos, de la compañera, del mismo hombre que soñó con la linda cosecha y los buenos pesos.

Desde hoy hasta que el huracán de ambiciones vuelva a soplar, miles de parias se olvidarán de los desengaños de la cosecha que pasó y cuando vuelva la otra, volverán a cantar la canción de siempre.

Pero quedarán algunos que jamás olvidarán el insulto recibido: cosechar miles de bolsas de trigo y, al mes después no tener pan para sí ni para sus hijos. Esos algunos se convertirán en hombres sombríos que, iracundos, se volverán contra los explotadores de la tierra y de los hombres, reclamando para todos el derecho al disfrute de todo.

Tal ha sucedido y sucederá todos los años: los parias se dividen en dos turbas, una que va sembrando para «los otros»; otra, que siembra por cuenta de sí misma, semillas para una nueva y magnífica cosecha: para la revolución social.

Juan Christian.

Vagabundos

A los parias errantes, a las eternas aves sin nido, a los «linyeras» como yo, me dirijo.

¿Dónde están los compañeros que años atrás sembraban por todos los ámbitos de la república, la semilla redentora de la Anarquía?

Muchos han emigrado a otros países; otros se hallan en las ciudades y algunos se habrán acobardado un algo, por la apatía y la indiferencia ambiente, o por la persecución sistemática y los castigos corporales, que los sayones de la policía infligen a los que llevan luz en el cerebro y en las «linyeras».

El caso es que no se ven, como antes, compañeros que propaguen nuestro verbo de redención humana, entre los proletarios agrícolas. Por eso ahora se nos veja, se nos maltrata y se nos encarcela a todos los que nos encuentran en la «linyera», libros, folletos o periódicos, y se nos insulta groseramente, cuando nos encuentran el carnet de la F. O. R. A., al cual, delante de nuestras narices se le condena al fuego. Si protestas, tu protesta te valdrá tres o cuatro días de calabozo, hasta que se te calmen los nervios, como dicen estos sádicos comisarios de la campaña. Este es el fruto de nuestra sumisión, indiferencia y cobardía.

A los que estamos convencidos que luchamos por una causa noble y justa, todo esto que hacen con nosotros no nos arredra, no nos amedranta; muy al contrario nos estimula, nos da más coraje y ahinco, porque preferimos mil veces que se nos odie a que se nos compadezca.

Lo que hace falta es propaganda, y esa la podemos hacer nosotros mismos, por medio de folletos, periódicos y manifiestos. Poniendo verdades en las manos de nuestros compañeros de trabajo e infortunio, despertando el amor a la lectura, la afición al saber, para que el trabajador campesino se interese por los problemas sociales, estudie e investigue las ideas y se transforme por sus propios conocimientos, en un paladín, defensor y propulsor de ellas y por ellas.

Así habremos conseguido hacer de estos instrumentos de comité, de estos esclavos mansos, que viven como gusanos arrastrándose miserablemente por el fango de las viejas costumbres, seres dignos, hombres conscientes, anarquistas, que propagarán bien alto y delante de sus propios opresores, el derecho que tenemos los trabajadores a ser libres. Sabrán caminar por el doloroso sendero de la vida, solos, sin apoyaderas, sin pastores; y estos instrumentos del capital, ayer, mañana serán hombres capaces de luchar y sacrificarse por la causa noble y grande del comunismo anárquico.

Compañero campesino, hermano «linyera»; no te arrastres, vuela, sí, vuela, aunque se te quemen las alas.

Pericota. Antonio Perez.

La nueva sociedad

La vida de todos los seres no es más que una simple parábola. Desde la cuna a la tumba seguimos una sola línea de ascenso, que esplende un breve espacio en su culminación y luego desciende más o menos rápidamente, sin que nos sea dado a nadie detener este descenso que es para cada uno el más amargo.

Ignoramos por qué hemos venido y por qué nos vamos; no tenemos consciencia de estos dos *por qué*, ni ha sido tampoco jamás probado que «morir es despertar». Flota pues nuestra vida entre dos enigmas enfrentados a un misterio, a un silencio o a una fatalidad. Y todo lo que vive sigue la misma curvilínea marcha, desde la simiente al fruto, desde la nebulosa al sol.

¿En cuál de estas situaciones se halla la actual sociedad de los hombres? ¿Han dado éstos, como asociados, todo lo que pudieran dar en tal sentido? ¿Se encuentra la sociedad vigente en la curva anterior de la parábola? ¿Acaso en la cúspide como el sol en su meridiano? ¿Quizá en la comba posterior?

Si apreciáramos la cuestión desde el punto de vista del filósofo exento de todo idealismo y por consiguiente de toda fe, es indudable que después de observar, tanto en detalle como en conjunto, esta sociedad, deberíamos llegar a la siguiente conclusión: la sociedad de los hombres será siempre un agregado de greyes y de pastores, destinada de cuando en cuando a exterminarse mutuamente en la guerra y a corromperse siempre en la paz, hasta su extinción total.

Nuevas enfermedades minan el organismo humano, hijas directas de las condiciones de vida en que nos desarrollamos. Nacemos con «los ojos abiertos», perdemos la inocencia aun en edad temprana, vivimos rodeados de vicios a los que desde muy jóvenes rendimos culto; el medio de relación económica nos obliga mucho antes de la pubertad a precipitarnos, por el pan, en la cruenta batalla del «uno contra todos»; los medios mecánicos, tan en uso hoy día, contribuyen a mermar, por falta de función física, nuestra resistencia orgánica, y como todo es febril, intenso o rápido, los mismos deportes más que embellecernos nos embrutecen, y la brutalidad nos desgasta, nos degenera y nos inferioriza.

En el orden moral seguimos una línea idéntica. El juego, los placeres y los vicios han atrofiado el sentido de la dignidad a tal extremo, que ya nadie se asombra de la prostitución, de la venta, de las apostasías de nadie. Es más: se contempla como a un animal raro al hombre íntegro y no se le juzga como a un modelo, como a un arquetipo que pudiera servir de ejemplo o referencia, sino como a un tonto supremo al que hay que perseguir y suprimir, porque no es admisible el puro, el franco, el bueno, en un medio podrido, de maldad, de mentira y de traición.

El filósofo pesimista, dolorido ante la contemplación de cuadro semejante y frente al último ensayo de «civilización nueva» puesto en práctica en la Rusia de todos los corajes, las impetuosidades y esperanzas,—civilización nueva que yace hundida en los más viejos sensualismos y aborregamientos de toda índole,—el filósofo pesimista que es siempre negativo, que no se encanta con ninguna belleza porque sabe que la perla más hermosa no es más que el humor de un molusco y ve a través del más precioso rostro de muchacha el simple hueso que después será; el filósofo pesimista, repito, que no entiende de ensueños, ni tiene corazonadas de entusiasmo por razón misma de su pesimismo, es natural, es lógico, es forzoso que concluya diciendo ante este cuadro: «La sociedad de los hombres no podrá nunca dar más de lo que ha dado».

Pero nosotros que somos idealistas, que observamos la historia en el ojo sagaz del investigador que no quiere dejar escapar el detalle más mínimo, no nos quedamos definitivamente con la conclusión de ese filósofo, y si bien la aceptamos en cierto modo, como se verá, es sólo a condición de añadirle nuestro sentido afirmativo, que no ve en el término de un mundo o de una era, sino el comienzo de otro nuevo mundo o nueva era.

¿Qué tenemos de Asiria y Babilonia? ¿Qué nos ha quedado del inmenso Egipto de las pirámides? ¿Qué de la antigua Grecia del arte y de la filosofía? Nada más que una porción de ruinas bajo las arenas, de papiros en las tumbas, de jeroglíficos y de estátuas. Y por esos documentos sabemos de un poderío, de una grandeza fenecidos, de tal arraigo, de tan suprema enormidad, que nadie en sus épocas hubiera osado afirmar que pasarían.

Pasaron, sin embargo, culminaron un día, ascendieron a su meridiano como el sol, esplendieron entonces, y luego decayeron marchando hacia su ocaso, como el sol también, para hundirse en la noche del olvido, para, respecto a nosotros, nada ser ya, como si nunca hubieran existido.

Millares y millares de años han transcurrido sobre aquellas sociedades, sobre aquellas civilizaciones de Asiria, de Egipto y Babilonia. De las angustias de los hombres de entonces, de sus deseos, de sus afanes, de sus esperanzas, de sus sueños lanzados al porvenir como tentáculos ansiosos de sorberlo, del espíritu, en fin, de los idea-

listas de esas edades, nada sienten, nada palpitan, nada saben los hombres de ahora, nada intuye ni remotamente nuestro corazón de soñadores. ¡Y somos sin embargo sus descendientes!

Nosotros también pasaremos. Nuestra sociedad burguesa, nuestra civilización capitalista que ha culminado ya, que, como puede juzgarse por todos sus signos exteriores, está en franca decadencia, (el despotismo actual en todos los órdenes nos lo evidencia) también se hundirá en la noche del olvido. No quedará de nosotros, para que nos comprendan los que vendrán, sino un poco más de lo que nos dejaron las épocas remotas: nuestros libros. ¡Y quién sabe! ¡Quién sabe si nuestras pobres letras, dentro de millones de siglos, no les valdrán menos a los de entonces, para decirles de nuestros sufrimientos y esperanzas, que lo que nos han valido a nosotros, para saber algo de nuestros más antiguos antepasados, la ruínas que hemos contemplado y los jeroglíficos que a duras penas hemos podido descifrar!

Desapareceremos, pues, sin dejar casi rastro alguno. Desaparecerá la sociedad burguesa o capitalista que hemos alcanzado y vemos fenecer. Será nomás lo que afirma el filósofo pesimista: «La sociedad de los hombres no podrá nunca dar más de lo que ha dado»; pero será en sentido restringido, de un modo particular, con respecto a sí misma solamente, porque nuestro fin o término social será el comienzo de la nueva sociedad, como todo ocaso es constantemente el principio de toda aurora.

Que esa sociedad nueva sea la que nosotros queremos, es cuestión de nosotros exclusivamente, de nosotros que no tenemos más que esta sola arma: la del pensamiento, abstracta pero segura, pero firme, pero virtual, contra la que se ha estrellado siempre la barbarie y con la cual hay que abrirse el camino a las conciencias, abatiendo en ellas los poderosos prejuicios que las llenan, para dar pábulo a la nueva ética que debe correr paralela a nuestro pensamiento, si es que ansiamos realizar algo verdaderamente fundamental.

Que nuestros actos sean pues el trasunto más fiel de nuestras ideas; que nuestras relaciones sean una demostración viviente de nuestros principios; que nuestra sociabilidad misma, que nuestras prácticas de solidaridad, que nuestras costumbres y nuestra conducta de respeto mutuo, diferenciándonos de los demás, sean el mejor signo, la más fehaciente prueba de que cuanto decimos es factible.

Es así, siendo cabalmente consecuentes con nuestras ideas, y rectos, francos, verídicos en nuestra obra de propaganda, como nos ganaremos las simpatías de cuantos nos observen y nos frecuenten y como conseguiremos que sea nuestra ética—principio de todo bien, toda salud y toda libertad,—el clima que rodee los inicios de la nueva sociedad.

F. DEL INTENTO.

Aristocratismos

El resabio aristócrata perdura y se manifiesta en el campo de nuestras ideas. Apenas las circunstancias le son favorables, hace su aparición, sobreponiéndose a las convicciones libertarias e igualitarias que proclamamos los anarquistas. La pedantería y el orgullo desplazan a la razón y la modestia, convirtiéndose en tiranía moral; doblemente odiosa, por provenir del campo anarquista donde debe primar el compañerismo franco, leal y sincero, sino queremos desnaturalizar la esencia del ideal y dar cuerpo a la maledicencia, la hipocresía y el poder.

Pero, desgraciadamente, los resabios aristócratas hacen su aparición muy a menudo entre nosotros. El anarquismo, en muchos, apenas es un ropaje que cubre su desnudez aristocrática; despojados de él, se nos presentan tal cual son en realidad: «¡grandes!»... despreciando la obra de los «pequeños». Y desde las cumbres de su propia «grandeza» lanzan una mirada de conmiseración o de desprecio a los humildes párvulos del ideal que nada representan ante los aristócratas catedráticos del anarquismo.

La veracidad, la sinceridad y la modestia son virtudes infantiles, propias de los que no tienen renombre ni han conquistado ascendencia sobre las multitudes. Pero las cabezas visibles que ultrapasan los reducidos límites de la familia, no tienen por qué tener en cuenta tales virtudes, porque la posición elevada que ocupan les autoriza a colocarse la corona aristocrática que los distinga de la vulgaridad ambiente.

¿Qué nos demuestra todo esto? La poca transformación subjetiva sufrida por muchos que se dicen anarquistas.

La supervivencia de aristocratismos, que parecen extinguidos cuando todos combatimos la sociedad burguesa, renacen con fuerza cuando de juzgar nuestra propia obra se trata.

Pero nosotros, consecuentes con los ideales de justicia, igualdad y libertad que sustentamos, estamos obligados a combatir tales aristocratismos. No hacerlo significaría abonar el terreno para el desarrollo de nuevos privilegios, odiosos como todos, porque serían la encarnación de la injusticia.

El superhombre lo admitimos únicamente como una expresión que nos dé la medida del hombre nuevo, desprejuiciado de la falsa moral que predomina en el actual medio ambiente, pero nunca como la creación de una nueva casta que tienda a perpetuar resabios aristocráticos de superioridad y dominio, sobre los faltos de gran inteligencia pero plenos de sentimientos bondadosos. Nos desagradan todos aquellos que no ven en el montón otra cosa que el pedestal para sus figuras de relumbrón; porque los tales, dígase lo que se quiera, carecen del valor de su propia personalidad. Simulan desprecio hacia la «chusma vil», asco hacia el «montón inconsciente»; y en realidad a quien odian es a quien no posee espíritu de idolatría. Huyen del «montón» que no acata sus órdenes y buscan el montón que les otorgue una jefatura. Y no se nos objete que los que proceden de este modo tienen «autoridad» moral sobre el resto de la colectividad; sería invocar la autoridad del cayado que esgrime el pastor para conducir al rebaño. La personalidad moral que se admira y por la cual nos encariñamos, se labra a fuerza de golpes libertarios, de martillazos modestos sobre el yunque de la vida.

Y esto en verdad, no lo hacen, no lo harán nunca quienes desprecian la obra pequeña y humilde, pero sincera y libertaria de los demás, a fin de acrecentar el poder propio.

Medítese sobre las ideas anarquistas; abóguese por la practicabilidad de las mismas, única forma de valorizar el ideal. Y juzguemos nuestra obra más por su calidad que por su magnitud: que hay hechos pequeños, que son grandes, y otros grandes que son pequeños.

FRANCISCO MARTÍNEZ.

Corral de Bustos.

"Mis proclamas"

Sobre un fondo todo negro una mujer toda blanca, con la melena a los vientos, un par de alas de mariposa en los hombros, levantando en su diestra, por sobre su cabeza, una lapicera, y surgiendo de entre llamas,—tal es la bella carátula de este folleto de que es autora la compañera Juana Rouco, carátula interpretativa del espíritu de «Mis proclamas», símbolo de un alma femenina que llueve sobre los pueblos sus pensamientos, sus protestas y sus indignaciones.

No es preciso que digamos más nada de este folleto. Es la obra de una mujer valerosa, que ha recorrido sóla la república entera, durante muchos años, con sus proclamas, de las que nos ofrece hoy un pequeñísimo puñado en las 32 páginas de su texto.

Han sido publicadas por la Editorial «Lux» de Santiago de Chile, que lleva ya cumplida una buena obra con la edición de libros y folletos de propaganda, y vale 0.20 centavos el ejemplar. A los paqueteros se les entregará, previo pago del importe con un descuento del 25 por ciento. Por pedidos a «Nuestra Tribuna», Casilla de Correo 52 Tandil, F. C. S.

Opiniones

Declararse partidario de una doctrina, no siempre supone que se desempeñe dignamente ese papel. Los adeptos a una opinión, cualquiera que ella sea, lo son, en muchos casos, a su manera, pero no de un modo conveniente. Se sufraga por una idea determinada cuando se ignora por completo o cuando se comprende perfectamente. Este último extremo se halla generalmente muy poco favorecido.

Contrariamente al anarquista, el ciudadano político, aquel que concurre al acto llamado, no sé en virtud de qué, *comicios libres*,... excluye de sí, acaso por razón de su propia escuela, todo signo de valor personal, toda victoria interior. Los elementos que concurren a formar una conciencia superior, son, para el ciudadano político, cosas sospechosas, baratijas de locos... El ciudadano político rechaza todo lo que no esté legitimado en su medio.

Se es legalmente tonto o cobarde, no importa. Hay con ese objeto una prescripción tradicional: alimentarse con grandes esperanzas. Están, a manera de consuelo, los *comicios libres*. Se sufraga, se vitorea, se espera el triunfo y, como siempre, las ilusiones quedan defraudadas. Sin embargo, se es ciudadano político, se es humilde, o se es, a veces, una manada de brutos entusiasmados.

Los anarquistas nos hemos creído superiores a todo eso; hemos sido lo bastante dignos. No nos hemos dejado extraviar y hemos cantado nuestra victoria íntima. Ese sólo gesto es para nosotros un título de honor, un signo de grandeza. Sin embargo, la observación de algunos hechos demuestra que no en todos los casos tenemos razón plena, (cosa que, por lo demás, no quita valor ni amengua la amplitud del concepto expuesto).

Yo opino modestamente. La torpeza, que es la tradición más cierta, la verdad más ostensible, provoca excesos, remeda lastimosamente los conceptos que creemos alimentar. Acaso algunos hechos recientes puedan ilustrarnos en este punto. No se escandalice nadie; considérese ésto: hay cosas que es una necesidad declarlas. Declarar, después de haber disparado un arma, «soy anarquista... y basta», es un ademán estúpido, una manifestación humillante. Ningún deber doctrinario impone semejante condición. Por el contrario, esa ingenuidad dramática es una responsabilidad enorme, que pesa sobre las ideas. Declararlo así es satisfacer un compromiso formal: el de la responsabilidad y la conciencia.

El lector emancipado sabrá dar a este concepto la latitud debida. No creo que para ser anarquista sea condición necesaria haber disparado un arma. Por estos indicios descubrimos una equivocación lamentable, un error funesto. Esa es la senda propicia que conduce a interpretaciones groseras. Tengo la íntima convicción de que algunos hombres alteran el valor real de todo lo que invocan. Si el hecho lo miráramos con la penetración necesaria, no hallaríamos otra cosa que la exaltación ridícula de la vanidad personal.

Deber nuestro será no estimular la acción de estos héroes insignificantes. De esa manera demostraremos no confundir las ideas con los gestos triviales... He llegado al término que buscaba: conservar intactas de toda polución las ideas, suprimir con la visión del concepto todo fruto deprimente de una hermenéutica extraña.

MANUEL SILVA.

Cárcel de San Nicolás.

En la columna 2ª línea 23 de la primera parte de mi artículo «Consideraciones», donde dice: «el perro no muerde a los lobos», debe leerse «locos». Es un error que he creído necesario advertir, porque cambia el sentido en que escribí esa frase.

M. S.

La historia de los pueblos

Pese a todos aquellos interesados en tergiversarla, nadie podrá destruir los hechos que la informan y la afirman a través del tiempo. Toda la historia de los pueblos, antigua, moderna y contemporánea, es una larga, interminable cadena de superación de la especie humana, labrada a golpes de esfuerzos, en el yunque de los sacrificios de las conciencias diáfanas, abiertas al mayor amor, a la mayor justicia.

La civilización de la antigua Grecia y la antigua Roma, sirvió de cimiento a la nueva civilización del continente europeo, y la de éste, a la civilización americana. Pero la verdad es que siendo una, copia de la otra, y que al correr de los siglos las revoluciones hayan sucedido a las revoluciones y el progreso al progreso, ningún estado social de los habidos hasta el presente le ha dado al individuo-hombre, lo que el individuo-hombre necesita: la libertad.

Los pueblos, quiero decir, las multitudes de productores, explotados y oprimidos miserablemente por la avaricia y la soberbia de las minorías, compuestas siempre por privilegiados, pudientes y holgazanes, hábiles sacadores de partido de la ignorancia en que supieron mantener a aquellas fecundas abejas de la gran colmena humana, en su situación de hombres en nada han mejorado, materialmente hablando. De la antigua esclavitud pasaron a la servidumbre y de ésta al salariado, sin jamás ser dueños de sus productos ni de sus acciones. Siempre estuvieron sujetos a las cadenas que les pusieron al cuello los inefables amos, con leyes, religiones y bayonetas mortíferas. Nunca los pobres pudieron moverse en libertad, disponer de su iniciativa, obrar de acuerdo a su voluntad. Los derechos del hombre proclamados por la revolución burguesa de 1789, no han sido para la clase proletaria más que una bella mentira escrita en los muros de la Francia republicana. Otro tanto puede decirse, sin miedo a equivocarse, de la reciente revolución rusa: el despotismo zarista pasó a las manos de los dirigentes del Partido Comunista, a cuya dictadura le llaman «proletaria»; y la dictadura era Lenín y sus ministros. El pueblo ruso, después de su admirable gesto, ha quedado defraudado en sus humanas intenciones; más o menos igual que antes, explotado y oprimido, sujeto a la voluntad de sus nuevos amos gobernantes, dueños de vidas y haciendas de aquel pueblo desdichado, como todos los otros que están bajo la tutela de los señores burgueses.

No somos pesimistas, ni nos hacemos mayores ilusiones respecto a los acontecimientos enumerados, pero es evidente que en todos ellos, la clase pobre, que es siempre la mayoría, le sirvió de fuerza para asegurarse el triunfo material, sin obtener ningún beneficio en provecho propio. El asalariado moderno no es menos infeliz que el antiguo esclavo; éste siquiera tenía un dueño que cuidaba de él porque significaba el capital de su amo, aquél, el asalariado moderno, sólo tiene dueño que usufructúa y explota sus facultades productoras, y cuando el obrero ha llegado a una cierta edad que por su desgaste físico ya no le produce lo bastante, lo despide a la calle, agotado e inservible, para que se muera de hambre y de miseria; de todas maneras al burgués le conviene remplazarlo por otro joven, ágil y fuerte, que le produzca mayores beneficios.

No obstante eso, creemos que como la revolución cristiana sirvió de experiencia histórica a la revolución francesa y ésta a la rusa de 1917, esta última servirá de la misma manera que la otra a la revolución social que agita y preocupa al mundo actualmente. En todas las latitudes del globo, los pueblos levantan banderas de protesta, y esas mismas banderas serán las que un día no lejano flamearán en las barricadas salvadoras, que asegurarán a los pueblos el triunfo de la libertad.

PEDRO DARIO FUSCO.

Sólo a fuerza de mentir se pasa por sincero y consecuente. La sinceridad nos condena al descrédito.—BARRETT.

«Puntas de fuego»

Tal es el título de un reciente folleto de que es autor nuestro amiguito y colaborador compañero Francisco Lattelaro. Consta de 82 paginitas bien nutridas y son los 17 artículos que las llenan, casi todos publicados en éste periódico. Su precio es de 20 centavos el ejemplar y el beneficio de su venta se repartirá por partes iguales entre el Comité Pro Presos de Tres Arroyos e «Ideas». Ha sido editado por la Agrupación «Nuestro Grito» de Tres Arroyos y está sencillito y bien presentado. Lástima, en cuanto a nosotros, que en la tapa final figure nuestro periódico en un aviso en que también figura un diario convertido a la alcahuetería y la procacidad contra los compañeros. Correspondencia, giros y pedidos, diríjanse a Valentín Calvo, calle P. N. Carrera Nº 287. Tres Arroyos, F. C. S.

Magón comenta su sentencia a muerte

El endiamantado líder obrero y diputado al Congreso de la Unión, Luis N. Morones, (1) a la vez que presidente de la Confederación Regional Obrera Mexicana, lanzó en semanas pasadas, y a nombre colectivo de los obreros, para mejor ocultar sus mezquinas pasiones personales, un manifiesto en el que aboga porque se aplique lo que él llama «Acción Directa», (que en realidad es asesinato político llevado a cabo por golfos a sueldo, cuyos nombres ya tenemos en cartera varios camaradas), en contra de todo aquel que difiera de su modo de pensar, así como en contra de los que no nos prestamos a empujar a los trabajadores a la revuelta política actual, para que vayan a conquistar para aquél y sus secuaces los puestos públicos que ambicionan. Tal es la actividad que despliegan los líderes amarillos que, más que Obregón, parece que es Morones quien gobierna actualmente en este país, donde implanta impunemente el Terror Amarillo.

Van tres veces ya que se ha atentado en contra de la vida de mi compañera de vida y de lucha, Teresa, y de la mía, salvándonos sólo gracias a la oportuna intervención de los trabajadores. Y hoy apareció en el diario capitalista «El Nuevo Mundo», de esta ciudad, la noticia que comento en el siguiente escrito que he enviado para su publicación al director del referido periódico:

Acabo de leer en su nuevo diario vespertino, correspondiente a esta fecha, que en algunos centros obreros han causado indignación ciertas actividades mías, que se consideran políticas y por las cuales se me ha sentenciado a muerte. Ruego a Vd., de no serle inconveniente, que por vía de imparcialidad y de justicia, dé cabida a estas líneas en su diario, de las cuales envío copia a otros diarios y a la prensa obrera mundial.

Desde luego protestaré a nombre de los obreros por los instintos criminales que de recientes fechas a la presente se les imputa, para ocultar la mano de sus líderes ambiciosos que por escalar a puestos públicos de importancia, algunos, y otros conformándose aun con la perspectiva de un puestecillo cualquiera de vulgar esbirro, no paran mientes en recurrir a la difamación, la calumnia y, también, al asesinato político, que pretenden torpemente disfrazar con el nombre de «Acción Directa». Soy obrero, (carpintero mecánico, de oficio), conozco la psicología de mis hermanos de clase y bien sé que ellos podrán matar al calor de una riña, (como cualquiera ser humano), pero nunca a sangre fría, al que no los insulta y sí los defiende; y mucho menos por cuestiones políticas, suponiendo, sin conceder, que yo me ocupase de tales asuntos, ajenos a mis ideales comunistas anarquistas.

Podrá asesinarme, sí, uno de tantos golfos «ordeñadores del obrerismo», que militan a las órdenes de los endiamantados líderes obreros que abogan por la mal llamada «Acción Directa» en contra de todos los que no admitamos que los trabajadores derramen su sangre para conquistarles curules. Pero un verdadero obrero, que no busca hueso que roer, jamás levantará la mano en mi contra, porque sabe bien que por él y por los suyos he expuesto mi vida, desde hace veinticuatro años ya, y la expongo y seguiré exponiéndola, así como gustoso he dado por ellos, no sólo mi seguridad personal, sino, también, mi bienestar y el de mi familia, mi libertad, mi todo.

¡Protesto! No son obreros quienes quisieran beber mi sangre; los obreros honrados de todas las banderías, están conmigo y me aman, como aman también a mi compañera de vida y de lucha, Teresa, correspondiendo al amor fraternal, sincero y desinteresado que por ellos sentimos, leal y profundamente. Conmigo están, como lo demostraron cuando fuí arrestado en Puebla; conmigo están, como lo demostrarán el día en que se me asesine o se me *desaparezca*, porque se levantarán en armas unánimemente, por toda esta república; pero no para tomar lados con algún partido político, sino para hacer tabla rasa, la Revolución Social. Caerá la cabeza de Magón; pero por cada cabello mío, (y tengo buena melena), caerá otra cabeza. Caerá Magón; pero quedan ya en pie cientos de miles de mis camaradas, hombres y mujeres, que sabrán vengarme; y con creces!

Bien sé que mi muerte precipitará la inevitable conflagración final, la que emancipe a los trabajadores, la que los liberte de toda tiranía y de toda explotación, la que dé paso franco al Comunismo Anárquico, dentro del cual todos tendrán asegurado el derecho a vivir, a ser libres y a ser felices. De ahí que vea impasible la hora en la cual los endiamantados líderes obreros ordenen a sus golfos que me apliquen su llamada «Acción Directa», en castigo a que no me presto a empujar a los obreros a ir a conquistarles los puestos públicos que ambicionan a toda costa. Así como mi arresto unificó la acción de los trabajadores, mi muerte los unirá mejor. Pero sí protesto de que se tome a los centros obreros de pantalla, para ocultar la mano de los verdaderos criminales que se quedan arrellenados cobardemente en sus curules, mandando a otros a hacer lo que ellos debieran hombre a hombre y en buena lid, no como fulleros.

Protesto también de que se dé tinte político a mi labor societaria. Como anarquista, detesto de toda política. ¡Poco me importa quien gobierne!

Malvadamente se quiere dar a entender que soy de la Huertista, para que me persiga el gobierno actual. Malamente puedo serlo, cuando en Veracruz los terratenientes que militan al mando de ese jefe rebelde han asesinado a mi compañero José Fernandez Oca y a cientos de mis hermanos de clase, de igual manera que mis hermanos hilanderos fueron asesinados en San Angel el año pasado. Socialmente, puesto que soy trabajador, no puedo tomar lado en bandos que considero antagónicos a mis intereses de clase; éticamente tampoco puedo hacer buenas migas con quienes asesinan a los míos, e ideológicamente, como anarquista, repudio la política. Por lo mismo, en lo que respecta a la contienda actual, me niego rotundamente a tomar lado alguno, aunque ello me cueste ser asesinado por los que *impunemente* abogan y aplican su mal llamada «Acción Directa».

Jamás he estado dispuesto, ni lo estoy, a vender mi conciencia por *miedo*, por *puestos públicos* o por *oro*.

Salud y Anarquía.

ENRIQUE FLORES MAGÓN.

México, D. F. Febrero 6 de 1924.

(1) Este es en México lo que Samuel Gompers en Norte América.—N. DE R.

Uno más y uno menos

No vale la intención, ni valen los esfuerzos, ni valen los sacrificios, cuando esas intenciones, esos esfuerzos, esos sacrificios no conducen a más que a negar de un modo rotundo el ideal que animó su partida.

De esta suerte, varios años de buena labor pueden servir de mucho en la propaganda de una idea, pero también un solo mes, una sola semana, un solo momento, un hecho simple, enturbia un pasado límpido, con manchas que no en todos los casos se pueden borrar.

Tal es en realidad lo que ocurre con *Luis Mallol*.

¿Hay, por si acaso, alguien que no conozca ese nombre? Creemos que no.

Su obra es grande, y negarle mérito no sería justo. Pero ahora cambiaron los papeles. Es uno más que ha venido abajo, tan bajo que entre los enanos no se distingue.

¡Lo que va de ayer a hoy! Hacer historia sería tarea muy larga y penosa. No obstante la contrariedad expuesta, pongamos en alerta a todos los compañeros. Creemos cumplir con nuestro deber.

Analizar su valor como periodista, queda excluído de discusión. Millares de artículos, repartidos en casi toda la prensa obrera, hablan por si solos. Hoy, tartamudea escribiendo.

Con el carnet y el lápiz frecuenta reuniones, saraos, sepelios, casas de enfermos y, en suma, todos aquellos sitios que le pueden proporcionar renombre. ¡Precario renombre!

Actualmente es redactor de un periódico burgués del Partido Conservador, tarea por la cual cobra sueldo. Defiende, pues, con su pluma, los garbanzos.

El el «Club Social», punto de reunión de la élite social, vénse regocijados con la bienvenida del socio nuevo.

Los festejos del señor Momo de 1924, quedarán agradecidos y, a la vez éste señor Momo podrá olvidar las ofensas inferidas en otras épocas, pues la comisión orgizadora lo ha nombrado *secretario general del corso.*

De su producción poética, transcribiremos algunos pies de una composición dedicada al carnaval de 1918, que pueden leer los compañeros en «Manojo de fibras». Se titula: «Oye, pueblo»; y dice: «¿Sabes tú, pueblo imbécil, el precio—que por tanta bullanga les pagas?—¿Sabes tú, pueblo dócil y tonto,—del ayuno que aguarda mañana?—¿Sabes tú, pueblo hambriento que gimes—llorando con penas tus ansias,—el baldón y la afrenta y la burla—que haciendo el payaso te ganas?—¿Sabes tú, pueblo ingrato mil veces—y otras mil y otras mil sin entrañas,—que no se redime la chusma doliente—ni estando en el vicio ni estando enfangada?—¡Piensa, pueblo: no sigas danzando—como histrión en la feria mundana;—no diviertas haciendo piruetas—ni malgastes tu fuerza y tu rabia!»

Seis años han transcurrido; ¡y qué contradicción!

Uno más pues en la farandúlica fila de los que ríen.

Recordemos, para finalizar, el retrato trazado por él: «Admiro al periodista todo nervio; todo noble ambición; todo sacrificio por el bien; todo desafío en pro de la verdad; todo desprecio a la ignorancia, todo moral, todo maestro, todo ansias de saber, y todo deseo de luz. Admiro al que rompe una lanza por la justicia, al que hace de su pluma espada, de su palabra apóstrofe, y de su idea dinamita cerebral».

Doblemos la hoja, o mejor dicho, y para que sirva de epitafio, acuñemos el reverso de la medalla:

Odio al periodista que a todo se aviene, como si fuera jeringa de hospital. Repudio al servil que por adaptarse es maestro de la genuflexión; y detesto a los escritores que, como aquellos que poco valen, ofrecen su falta de carácter y su condición de servilismo, al truhán que los quiere alquilar por la miseria de un mendrugo.

Terminemos, diciendo como Quevedo: a firmar, que ya va largo. Y repitamos otra vez: Uno más, que se vino abajo desde las cumbres. Uno más que ha claudicado, y uno menos en las filas de los que aún se sienten fuertes para proseguir en la lucha.

LEO PRAIRIAL.

Bolivar, Marzo 3 de 1924.

Carta crítica

A propósito del indulto o del perdón

POR JESUS GOMEZ.

(*Continuación*).

El anterior discernimiento se ha repetido entre nosotros un millón de veces. Mas parece que el vaivén de los sucesos del momento tiene la facultad de velar los conceptos que aun no se han hecho carne y nos impele a la acción como si estos no existieran.

Nosotros bregamos por las instituciones genuinamente sociales y para plasmar este mecanismo de regencia pública, en oposición al organismo tradicional que tiene por norma la delegación de los derechos populares en una o varias personas, a fin de que aquél método llegue a suplantar a este con ventaja, ¿qué es preciso hacer? El ejercicio del poder directo del pueblo. Y el poder directo del pueblo, sólo se puede llegar a forjar por medio de actos que concurran a ello; martillazos antiestatales que deben seguir la línea trazada por las doctrinas, para formar el cuerpo del nuevo sistema de convivencia, así como el artista sigue con el cincel la línea trazada de antemano por el dibujo, para dar relieve sobre la dureza de la piedra o de los metales a la figura concebida. Si los creadores de monumentos, una vez iniciado el trabajo, prefiriesen seguir la veta blanda que le presentan los materiales, a esforzarse sobre las dificultades que tienen, siguiendo el bosquejo, es seguro que aquellas no los llevarían a cumplir nada plausible. Porque el barro se anima para satisfacción de las personas, por el trabajo de estas. Reunir las energías populares independientemente, y terminar por llevarlas hacia los moldes del Estado, abona eficientemente el campo de la política; y así las legiones proletarias que se alzaban en contraposición a los viejos partidos políticos, como savia reivindicadora, coronan su esfuerzo prometedor subordinándose a ellos, defraudando las esperanzas puestas en misión y contribuyendo a la vigorización del régimen autoritario.

Por eso opino que significa una incontestable claudicación de los ideales emancipadores, el proponerse realizar un hecho de justicia, de rehabilitación, con ayuda de los resortes del Estado, porque, una de dos: o la justicia que se obtiene, no solo es mezquina sino también falsa, o tenemos que admitir que el Estado es competente y está llamado a afianzar la justicia, en cuyo caso los ataques que le viene dirigiendo la crítica moderna, serían inicuos; y si se dijera que el Estado podía cumplir la equidad espoleado por las fuerzas populares, estas se convertirían de hecho en dependencia, complemento estatal, y no en órgano propio de la administración social en que las quieren convertir las teorías ácraticas.

Quizás el contrasentido que existe al respecto, se deba principalmente a que no se ha comprendido de modo claro lo que quiere decir acción directa. Frecuentemente, políticos, escritores y anarquistas la han reducido a los términos de los actos violentos. Y es por visible empequeñecimiento de un proceder que tiene tan vasto campo. Me considero en terreno firme, aseverando que acción directa no es sólo, indefectiblemente, sangre e incendio, sino la aplicación, por los interesados, de las facultades propias, sin abandonarlas en manos de mixtificadores intermediarios o de aquellos que ocupan posiciones antagónicas y que por lo mismo harán de ellas un uso contrario a las necesidades y aspiraciones de los que se las entregan. Puede tomar todos los caracteres de la totalidad de las tácticas conocidas. La guerra se hace preceder de la diplomacia que acompaña de la preparación mental o sentimental de las multitudes. Los partidos gubernativos no hacen menos uso de las armas que de la propaganda oral. Pero no dejan libradas sus ambiciones a la interpretación que so pretexto de defensa le diera un bando contrario.

La ola inflamada por condiciones atmosféricas que la agitan, bate estrepitosamente el dique que encuentre al paso, y si le faltan esas condiciones, serena lo va rozando susurrante; pero su papel, su tendencia, su carácter, siempre es el mismo bajo esos dos aspectos: destruir el obstáculo. Es de ahí que se desprende pesadamente la razón de que ningún criterio libertario, por primario que sea, sopena de falsear los principios que lo sostienen, puede aceptar, debido a vanas apariencias, ni aun por razones transitorias, como buenas las normas estatuídas por la maquinaria gubernamental en cualquiera materia, porque aun las mejores y más halagüeñas llevan escondido el germen de la futura opresión y rebajamiento de las energías populares.

Los obreros propulsores de la libertad deben ir labrando en el campo de las actuaciones diarias, las sendas que conduzcan a la soberanía efectiva del pueblo, cimentada en la integridad de los individuos, y no las que lleven, sin más novedad que la de ser abiertas sin jefes políticos, al duro régimen de la autoridad secular y apabulladora de las iniciativas libres.

En el asunto que nos ocupa, los libertarios que se ataviasen, persiguiendo la rectificación de una injusticia, con la indumentaria de la conmiseración y del perdón, demostrarían no contener ningún elemento nuevo en sus ideales, y doblarse, para abrevar la sed de verdad y de justicia, a las viejas fuentes, con hedor divino, de la ley del Sinaí, transfiguradas por las rudimentarias ideas del apóstol nazareno, en lugar de inspirarse en modernas concepciones humanas. De tal modo, volveríamos a repasar el camino brumoso de la moral religiosa, reeditándose nuevamente para la humanidad la incertidumbre del período, con corolario tenebroso, de la Edad Media, batiendo en brecha la

gloria de los últimos tiempos: el resurgimiento operado por los humanistas, las demoliciones filosóficas del siglo XVIII y las luminosas enseñanzas del siglo XIX.

Así, la afrenta que no consiguieron inferir los ultramontanos,—que se alzaron graznando ante los resplandores de la revolución francesa,—a los progresos del espíritu, a la rebelión de la personalidad consciente, contra las ataduras de la autoridad clásica, se la inferiríamos los que pretendemos haber superado los principios de aquella revolución burguesa. Porque no debe caber duda alguna que dar pie a la esencia de los preceptos religiosos, es empezar la fosa al alma humana. Y la gracia y el perdón son esencialmente de esencia divina. El perdón da testimonio de la culpa. ¿Qué se había, de no, de perdonar? ¿Y cómo se juzga esa culpa? El Evangelio reconoce la incapacidad humana para establecerla. Conforme. Establece que sólo un poder superior, Dios, (¿quién había de ser?), puede hacer tan grande obra. Ahora bien, como los poderosos siempre han estado ungidos de espíritu divino, les corresponde en buena ley castigar y perdonar, cumpliendo así lo que incumbe a Dios mismo. Transportando parte del trono celestial, con todos los atributos que lo exornan, del cielo a la tierra, sostienen resplandeciente su importancia los mandatarios. Sin embargo el dictado evangélico, alumbrando su nebulosidad, lo pedimos ajustar a lo que categóricamente demuestra el determinismo moderno. Según las constataciones científicas, las acciones humanas están determinadas por causas que son imposibles de prever y de precisar por las personas, y toda la colectividad fomenta el acto de un individuo, como un grano que aparece en un miembro del cuerpo humano, recoge las materias nocivas de todo el organismo. Por lo tanto, la ley religiosa establece, sin definir, que corresponde a un ser ficticio juzgar los hechos, y la ley científica propone la absolución completa.

Se comprende que los gobernantes decantando y adornándose con el ritual que las virtudes generan, no están en esta cuestión ni a la altura de la ciencia ni siquiera saturados de los alcances del precepto religioso.

Desde que las teorías libertarias, que en definitiva no son, ni deben ser otra cosa que un cuerpo de doctrina moral y social, conformado a las aseveraciones de la ciencia experimental, han aceptado sin reservas el determinismo en materia de criminología, en los diferentes aspectos que presenta—sensibilidad de un elevado sentimiento de justicia, aberraciones sociales y patologías individuales,—se cubren de ridículo los libertarios que poniéndose de parte de las peticiones de perdón a los anacrónicos tribunales, echan sobre los transgresores de la ley autoritaria la responsabilidad que les endilga la arcaica penalidad. Y es preferible suponer que los partidarios de esas medidas conceptúan transigir con una payasada fugaz, únicamente; porque se hace increíble que fomentaran la prostitución de las doctrinas, adhiriéndolas a los poderes judiciales, haciendo compatibles los principios emancipadores con el derecho codificado y los fueros de los legistas. Aunque viene a pelo señalar que toda pirueta implica una degeneración.

Mas circunscribiéndonos a mi caso particular, la culpa no existe, ni aun de acuerdo con los dictámenes de la ley codificada. Poca agudeza hay que desarrollar para cerciorarse de que en los momentos críticos porque pasaba la lucha de clases en el período del proceso, los jueces no han castigado en mi al autor de un hecho particular, sino al miembro de las avalanchas que atacaban las posiciones de los privilegiados. En esta interpretación el criterio y la sentencia de los jueces son justos; y para cumplir con saña su justicia, tenían necesidad de apartarse de la ley, o sea falsearla, porque acorde a ella la condena no era posible. La policía y los jueces se convencieron ante las pruebas, de que no podía, materialmente, ser yo el autor del homicidio imputado, pero les constaba que yo era uno de los responsables morales de la acción en que se había ocasionado. La ley, sin hacerse monstruosa, no puede mandar, y no manda, pena alguna para esa condición de la responsabilidad. Sin embargo los hijos de la familia dominadora, que se sienten ofendidos por todo intento liberatriz, no quieren soltar la presa sin saciar su fobia, lo que logran, transformando, como por grados, al que han hecho presunto delincuente, en delincuente probado. ¡Los estúpidos no comprenden con qué naturalidad se redondea la cualidad de un delincuente en las mallas de los jueces! Sin ingrediente ninguno, basta a esa sorprendente máquina el que la policía meta a un hombre en un sumario, para hacer de él un perfecto malhechor en los veredictos de los magistrados superiores.

Los anarquistas estaban inhabilitados para comprender los dos términos de mi situación. Tengo por seguro que a pesar de que lo vocearan en cual ocasión, en su fuero interno dudarían de que yo fuera inocente de la muerte que se me achacaba, siendo partícipe de la lucha; y sus voces llevarían el sello de esa duda. Esa conducta tiene por fuente inspiradora un hábito, añejo en nuestro ambiente, de negar la culpa de los militantes en los hechos violentos que se les atribuyen, o sea su intervención en las consecuencias dolorosas, costumbre inveterada que sería bueno depurar, porque no se deben confundir las responsabilidades sociales y judiciales, y que al intentar eludir la futileza de las últimas, se rehuya asumir las que se debe ante la sociedad por hechos ejecutados con fines de justicia y libertad, pues que semejante actitud reviste a la cruzada justiciera, de un carácter de delincuencia que corrobora las propalaciones de sus impugnadores. Lo que se hace por la salud del pueblo, por más que sea cruel o porque lo es, debe ser defendido ante el pueblo mismo, sin incurrir, claro está, en confidencias o delaciones policiales.

Al no creerse en los círculos gremiales y revolucionarios sino que mis manifestaciones de inocencia eran el resultado de esa vieja táctica, que estaban calcadas en el plañidero disculpamiento, se pudo, con toda sencillez, llegar a sentir un poquito de gratitud hacia los jueces que no me condenaron a 25 años de presidio, como se aplican por muertes análogas, dado que se desconocía el cómo se encaraba el hecho en el sumario.

Examina bien, amiguito, si tienes serenidad para ello, estas fases de interpretación que desarrollo. Y puedes ver que esas ideas son en mi, razonamiento moderado, sin que apunten resentimientos ni exaltación: la facultad de exaltación creo que está agotada en mi.

El otro móvil de la condena tampoco fué comprendido, porque no habiendo yo figurado más que como un pobre diablejo de quien se echaba mano para la propaganda en ciertos trances apurados (y puedes interpretar como quieras esta palabra), sin preparación en las letras ni relieve en la palabra ni dotes intelectuales, era inadmisible que los jueces vieran en mi una encarnación sobresaliente de los altos ideales sociales que se ventilaban y que descargaran su iracundia en un gusanillo insignificante. Pero se pudo pensar que la ocasión no le llevaba nada más sabroso a los jueces, sin que fuera posible decir abiertamente si obedecía al hecho de que no lo había o al de que los que lo fueran se hallaban muy guarecidos y no se descubrían; y que el lobo hambriento que no tiene a mano el cordero opíparo, no desdeña descargar el zarpazo, para la frugalidad de devorarse una liebre.

La poca disposición favorable o la protesta que en los centros gremiales avanzados encontró la inmolación de víctimas propiciatorias del furor de los potentados, realizada conmigo y los demás compañeros de proceso, la visible indiferencia conque se acogió nuestro sacrificio en tales esferas, débese principalmente a los factores apuntados de errónea valorización e interpretación; y en parte a no poseer aquella cualidad que señala Almafuerte con amargura, diciendo que: «en este bajo, relativo suelo,—también para ser santo hay que ser listo»...

(Continuará).

Correo de "Ideas"

Isaac C. Estel. *Berisso.*—Como ve, el asunto ha terminado. Creemos innecesario, pues, publicar su «Carta abierta». Ya los del diario han mostrado lo que son, y eso por la propia lengua de ellos. Y lengua sucia, estómago sucio, como dicen los médicos. Y estómago sucio, sobra de bilis y falta de vergüenza, añadimos nosotros.

Enrique Blanco. *Pto. M. del Plata.*—Su decisión de no vender más publicaciones que insultan, no nos extraña, ya se lo hemos dicho por carta. Pero antes de contestarnos, rogámosle que lea detenidamente lo que hemos publicado, pues posiblemente, aturdido Vd. por la tromba de infamia y cieno del insolente diario, ha creído que el ruido partía de todas partes, cuando solo del tal diario partió, como es su costumbre desde que creyó que la prensa es como esos sables que cuelgan los ex milicos en las cabeceras de sus camas para que se les tema por lo que fueron.

Segundo del Río. *25 de Mayo.*—Fué carta, hace muchos días, respondiendo a la suya en la que Vd. nos contaba las alcahueterías que fué a llevarle allí, sobre nosotros, ese sinvergüencita de Etcheverri y en la que le expresábamos lo bien que fué tratado aquí tan mentiroso sujeto. En cuanto a lo de Acha que Vd. nos menciona, ya no nos interesa. Es un anciano que mira oblicuamente a la juventud. Todo lo provecto es así. Respetemos sus canas. ¿Es que no recibió nuestra carta? Sírvanle entonces estas pocas líneas, como tal.

A las agrupaciones

En vista de que las polémicas entabladas entre «La Antorcha», «Ideas» y «La Protesta», están degenerando en una avalancha de insultos que no conducen más que a menoscabar los altos ideales que se sostienen, y considerando que el carácter de dichas polémicas no conducen más que a acrecentar las muchas disidencias y rivalidades que existen en las filas obreras; y teniendo en cuenta también que el tiempo perdido en las antedichas divergencias, resta actividades a la propaganda, la Agrupación Anarquista de esta localidad reunida en asamblea, acuerda hacer público por la presente nota, que en virtud de las razones apuntadas, se hace necesario, desde todo punto de vista, que se llegue a un acuerdo razonable, que no perjudique en lo más mínimo la delicadeza de los cuerpos de redacción empeñados en discusiones estériles, de las cuales no se desprenden beneficios ni enseñanza alguna para los trabajadores, ni para ninguna de las entidades nombradas.

Por la presente nota hacemos un llamado a la solidaridad de todas las agrupaciones anarquistas, a fin de procurar, de común acuerdo, que se termine de una vez por todas con estas rencillas que menoscaban la sublimidad de nuestros ideales, y anulan casi por completo las actividades revolucionarias del país.

Hacemos, para terminar, un llamado al buen sentido y criterio de los cuerpos de redacción, a fin de poner punto final a estas discordias.

Rogamos la reproducción en toda la prensa anarquista.

Agrupación Anarquista.

Balcarce.

N. de R.—Ya en nuestro último número, dimos por terminada la discusión. Como los compañeros de Balcarce habrán visto, volvió a llover sobre nosotros otra serie de insultos y de imposturas. Pero no se alarmen los camaradas, ni hagan llamados a nadie. Nos es suficiente con haber probado que en el diario no hay más que alcahuetes y deslenguados, para quedar convencidos de que con semejante gentuza todo intercambio de palabras sobra. Por lo demás, eso de la «avalancha de insultos», no reza con nosotros. Sólo de la madriguera de insolventes de la calle Perú salió esa tempestad. Menos mal que siendo al aire, como la saliva les cayó en las caras. Todavía se las están enjugando. Nos reservamos, sin embargo, el derecho a llamar a las cosas por su nombre, cada vez que sea necesario. Y esperamos que así se proceda con nosotros, aun en este mismo periódico, que estando abierto a todos no será nunca capaz de atajar la palabra del que lo discuta, cubriéndolo de injurias, defensivamente, como hoy se estila, pues aquí no somos ni subalternos ni subordinados de nadie. Nada más.

Administrativas

Recibimos las siguientes cantidades:

Arata. — Acracio 1.00. **Arrecifes.**—A. Viñas por suscrp. 2.40, por donación 2.60, E. Martinez por int. de La Antorcha 2.00. **Bahía Blanca.**—M. Rosas 1.00. **Buenos Aires.**—«Hojas Sueltas» por nuestro folletito 1.00, L. Pogiolini 1.00, García, Rosas, B. Delgado y C. D. Fito 1.00 cada uno.—**Bolívar.**—Federación Obrera 2.00 como donación y 3.00 por nuestro folletito, M. Urtazún 1.00. **Balcarce.**—Agrp. Anarquista 10,00. **Berisso.**—S. Fotinos 1.00, M. Rodriguez 1.00, M. Perez 1.00, Blanco 0.60. **Caleufú.**—J. Martinez 0.30, Ademondo 1.50, J. Echeverría 1.20. **Campo Afuera.**—N. N. por int. de La Protesta 1.00. **Chabás.**—Agrp. Interlocal de Propaganda Anarquista 14.00. **Córdoba.**—Carmen de Heredia 5.00 por int. de La Antorcha. **Dominguez.**—S. Ragathy 1.00 por nuestro folletito. **Gral. Pico.**—«La Pampa Libre», de una lista publicada por vosotros a beneficio de ambos 9.00; librería de La Pampa Libre por venta de Ideas 3.00. **Gral. Gelly.**—E. Mardones 0.50. **Gral. Madariaga.**—C. G. Vinagre por int. de La Antorcha 2.00. **Guaymallén.**—Soc. Oficios Varios por nuestro folletito 2.00. **Iraola.**—M. Dominguez 1.50 y 0.20 por folletitos. **La Plata.**—E. Comotti 0.50, J. Pucci, Pablo Lunazzi, O. Fasio, J. Moyano, E. Pisetta, J. Vedoni, J. R., J. Bianchetti, V. Barrio y Angel Pucci 1.00 cada uno; L. Pasquini 0.50, S. San Emeterio 0.50, J. Rivella 0.30 por folletitos, J. Marfil 0.20 por idem, Juan Pesce 2.00. **Mar del Plata.**—D. Matarazzo 3.00. **Metileo.**—Ortiz 3.60, A. Reinoso 2.00. **Monte Nievas.**—J. Naveiras 1.20. **Mendoza.**—B. A. Colman 5.00 por folletitos. **Montevideo.**—A. Axman 1.00. **Necochea.**—Muller 1.20 por int. de La Protesta, F. Santos 2.00. **Puerto Mar del Plata.**—E. Blanco 0.75 por int. de La Protesta. **Rosario.**—B. Girola 1.00, P. Jimeno 2.00, B. Prieto 2.00, María Jimeno 1.00, J. García 3.00, J. Menacho 2.00, M. Federico 5.00 y 4.00 por folletitos. **Santa Lucía.**—Alonso 2.00, Cordero 3.00 por int. de La Protesta, J. Murtagch 1.00. **San Agustín.**—E. Lacunza 5.00 por «Manual del Soldado», 1.00 por folletitos, 3.00 por suscripción. **Trenel.**—Gómez 2.00, Vidal 0.50. **Tigre.**—C. Squitieri 2.00. **Tres Arroyos.**—J. Gonzalez, L. Liñán, T. Puente, L. Fernandez, F. Armesto, G. Perez 1.20 cada uno; E. Conti 2.40, V. Calvo 2.40. **Villa Iris**—L. Ladousse 1.00. **Villa Cañás.**—J. Canovi 6.00 por int. de La Protesta. **Villars.**—L. Parra 0.60. **Villa Mercedes, San Luis.**—A. Funes 2.00. **Vélez Sarsfield.**—H. Savoia 1.00.

Total de entradas $ 172.65

Salidas.—Impresión de este número (2.600 ejemplares) 103.00. Franqueo, correspondencia, encomiendas y certificadas 23.00. Total 126.00. Del número anterior 47.57 más 172.65 de entradas son 220.22, menos 126.00 de salidas restan para el número próximo:

94.22

Para nuestra minerva

Buenos As.—«Hojas Sueltas» 1.00. **La Plata.**—O. Pucciarelli 2.00. Pablo R. Herrera 10.00, S. San Emeterio 0.50, Angélica 1.00, Cristo 6.00, V. Barrio 1.00. **Montevideo.**—Abraham Axman 1.00. **Tandil**—Fernandez 2.50, Lozada 1.00. **Rosario.**—Mauro Federico 10.00. **Villa Mercedes, San Luis.**—Antonio Funes 1.00.

Suma ant. 184.70. Suma actual 221.70

Para "La Pampa Libre"

La Plata.—Valentin Barrio 1.00. **Rosario.**—Mauro Federico 5.00.

Para "La Antorcha"

Chabás. — Agrupación Interlocal de Propaganda Anarquista 10.00.

Números devueltos

Fermin Vlivide de Lanús, Juan Scasso de Berisso y Nazareno Becacesi de La Plata.

Agrup. "Antonio Loredo"

A todos los que piensan con cabeza propia

La esclavitud moral y material es la peor enfermedad que pueden padecer los hombres. Para curar esta enfermedad y poder matar la esclavitud, el mejor remedio es la educación. Para hacer este trabajo saldrá «La Antorcha» diario. Y para ayudar a ésta en todo cuanto podamos, ha quedado constituido un comité encargado de los trabajos en el Barrio C y R.

Dirigirse al que suscribe, calle Ocampo 454. Rosario de Santa Fe.

Enrique Salvador.

Se pide la reproducción en toda la prensa obrera y anarquista.

"Lo que nosotros queremos" y "¡YO ACUSO!"

De este folletito u opúsculo, formado con los dos excelentes artículos cuyos títulos son los de estas líneas, el primero de Pedro Gori y el segundo de Sebastián Faure, nos quedan todavía 5.000 ejemplares. Los vendemos a un peso el ciento, cargamos nosotros con el importe de la encomienda y son espléndidos para la propaganda.

¿Cuántos quiere, compañero?